

CERVANTES,

alarife y arquitecto a través de la lectura del Quijote

Félix Jové

Arquitecto. Profesor Titular de Construcciones Arquitectónicas. UVa



Comprender la magnitud de la figura de Miguel de Cervantes y de su creación literaria requiere de aproximaciones diversas y multidisciplinarias. De hecho, son numerosas las lecturas que de su figura y obra se han realizado, desde variadas y diferentes disciplinas, por diferentes autores. Sin embargo, existe una faceta poco explorada, como es la que ilustra el título del presente artículo. Es decir: ¿tenía Cervantes conocimientos de construcción más allá de los que podríamos considerar como normales para un escritor de su época? A nuestro juicio sí, y coincidiendo con los actos de conmemoración del IV Centenario de su muerte exploraremos esta faceta a través de la lectura de alguno de los capítulos de su obra cumbre, el *Quijote*.

Como dirá Riley, en su libro *Teoría de la novela en Cervantes*: «El *Quijote* es una novela de múltiples perspectivas. Cervantes observa el mundo por él creado desde los puntos de vista de los personajes y del lector en igual medida que desde el punto de vista del autor» (Riley, E. O., 1981). Y es en ese mundo por él creado, donde se describirán con solvencia personajes, situaciones, paisajes y también arquitecturas.

Estas arquitecturas están, como veremos, plenas de realidad tectónica y constructiva, aunque en ocasiones se describan de un modo un tanto distraído. Esta apreciación, nada tiene que ver con los atribuidos descuidos del *Quijote*, puestos de manifiesto por Rosenblat, en *La lengua del Quijote*: «Es ya un lugar común afirmar que el *Quijote* está lleno de incorrecciones y descuidos, y que Cervantes la escribió con precipitación y desaliño...» (Rosenblat, A., 1978). Las descripciones que Cervantes hace, tanto de los molinos, como de las ventas o los castillos, son breves pero nítidas en lo concerniente a sus aspectos fundamentales; de manera que con un mínimo desarrollo, sólo con leves pinceladas, las hace totalmente comprensibles al lector. Es como quien habla de algo que conoce muy bien y, por conocido, lo describe de un modo sucinto, saltándose por alto alguno de sus aspectos descriptivos que, más tarde, terminará por completar en algún otro capítulo de la obra.

¿Donde adquirió Cervantes estos conocimientos? Sin duda, algunos ya los arrastraba desde niño. Efectivamente, todas las biografías de Cervantes coinciden en afirmar que fue un joven inquieto, de agitada existencia, despierto

y abierto al conocimiento. Una persona inteligente, que más tarde supo medrar para sobrevivir en situaciones muy adversas y con capacidad para aprender rápidamente de todo lo que veía en su entorno. Esta avidez para aprender, le permitió adquirir conocimientos de construcción por simple observación; como aquel que tiene una capacidad innata. Más tarde, Cervantes pudo agrandar estos conocimientos como soldado

en Italia, «soldado aventajado» recordemos, y también durante su cautiverio en Argel, donde Canavaggio en su libro *Cervantes*, sobre la biografía del escritor, nos le describe como un «observador perspicaz». Al parecer, durante los primeros meses como cautivo tuvo consentido deambular por la ciudad, circunstancia que le permitió conocer bien en esa etapa los barrios de artesanos y su actividad incesante: «...un movimiento permanente entre los diferentes zocos, a través de callejas cuya red oculta una sabia ordenación de casas y de barrios; una multitud de mezquitas, de baños y de palacios cuyos patios secretos rumorean con el murmullo de las fuentes» (Canavaggio, J., 2015). Recordemos que su cautiverio duró cinco largos años hasta el esperado rescate, con diferentes avatares; entre ellos cuatro intentos de fuga malogrados, uno por año, lo que nos da una idea de su audacia, pero también de su inteligencia para maquinarse una evasión, asumiendo en todas ellas la responsabilidad de la fuga.

Autodidacta y observador, Miguel de Cervantes debió adquirir a lo largo de su azarosa vida conocimientos sobre construcción y arquitectura que fue capaz de plasmar en su obra. Así; molinos, batanes, aceñas y otros ingenios son descritos a lo largo del *Quijote*. Nicolás García Tapia hace un interesante repaso de ellos en su artículo *Las máquinas en el Quijote: molinos, batanes, aceñas y cantimploras*, publicado en el Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de la Purísima Concepción, y nos recuerda el avanzado estado de la técnica en España cuando Cervantes saca a la luz la primera parte del *Quijote*. Según sus palabras: «...falta aún por reconocer a los grandes ingenieros e inventores del Siglo de Oro español, pues el imperio no hubiera podido sustentarse sin ellos y, de hecho, inició su decadencia cuando no se les tuvo en cuenta» (García Tapia, N., 2004). Del mismo modo que Cervantes recreará con acierto la descripción de la locura de Don Quijote, aspecto que ha puesto de manifiesto Florencio Sevilla en

la introducción de la edición que hizo del Quijote; *Miguel de Cervantes - Don Quijote de la Mancha* (Sevilla, F., 2002, 2015), así también cuidará con esmero la recreación de sus escenarios arquitectónicos.

Siguiendo el texto del Quijote, numerosas son las veces en que Cervantes nos describirá una venta, venta que en muchos casos confundirá Don Quijote con un castillo. Estas descripciones tendrán siempre acertados matices que nos hacen entrever un buen conocimiento por parte de Cervantes de los aspectos constructivos y arquitectónicos del edificio. Una de las más completas es la que se hace en el capítulo I, XLII; en el que Don Quijote se ofrecerá a hacer la guardia de noche del Castillo para proteger la hermosura de la dama que en él se acomodaba. En realidad no se trata de un castillo, si no de una venta situada en el camino, aquella en la que conocerá al oidor —el licenciado Juan Pérez de Viedma— y a su hija Clara, y en la que Don Quijote y Sancho pararán a pernoctar. Don Quijote, turbado por la hermosura de la joven Clara, la imaginará doncella del Castillo: «Seguramente pueda vuestra merced entrar y espaciarse en este castillo, que, aunque es estrecho y mal acomodado, no hay estrechez ni incomodidad en el mundo que no dé lugar a las armas y a las letras...» Más adelante, y antes de que Don Quijote salga a hacer la guardia, tal y como había prometido, Cervantes acomodará a todos los personajes de la historia; a las mujeres en el «camaranchón» (desván de la casa, o lo más alto de ella, donde se suelen guardar trastos viejos. DRAE) y a los hombres fuera, en la estancia contigua.

Esa noche, todos duermen. Todos menos la hija del ventero y Maritornes su criada, que se disponen a gastar una de las bromas más reídas del Quijote. Es en este

punto donde Cervantes continuará con la descripción que ya había iniciado de la venta, completando su descripción arquitectónica: «Es, pues, el caso que en toda la venta no había ventana que saliese al campo, si no un agujero de un pajar, por donde echaban la paja por fuera. A este agujero se pusieron las dos semidoncellas, y vieron que don Quijote estaba a caballo, recostado sobre su lanzón...» Y matizará aún más la escena cuando se disponen a hacerle la broma llamándole en voz baja desde el agujero del pajar: «volvió don Quijote la cabeza, y vió,.../...cómo le llamaban del agujero que a él le pareció ventana, y aun con rejas doradas, como conviene que las tengan tan ricos castillos como él se imaginaba que era aquella ventana».

A lo largo del capítulo Cervantes irá describiéndonos con destreza, desgranando la información lentamente, los espacios que componen una venta de la época en La Mancha. Recordemos que las Ventas eran grandes caserones ubicados en los cruces de caminos o lugares de paso, en los que los viajeros podían hacer un alto para descansar y alimentarse; eran edificios de construcción cerrada, con apenas ventanas al exterior y abiertos a un patio empedrado donde se encontraba el pozo, el abrevadero para los animales, las cuadras y otras construcciones menores. El edificio principal era generalmente de dos plantas; con el comedor, la cocina de campana y otras dependencias en la planta baja y habitaciones en la planta alta a las que se accedía a través de una galería de madera que daba al patio, aunque en ocasiones la primera planta no era más que el sobrado o desván bajo la cubierta del edificio. El patio se cerraba con una alta tapia y la espalda de los propios edificios y construcciones que daba a él, de manera que la entrada a la venta sólo se hacía a través del patio. Al patio se accedía por el portón de carruajes y caballerizas, que tenía un portillo menor para acceso de hombres a pie. Sin duda, el edificio ha sido descrito convenientemente por Cervantes.

Podemos decir, en favor de nuestro héroe, que una venta era realmente como un castillo; una construcción cercada y cerrada, entre dos lugares, en mitad del camino, en medio de la nada, que debía defenderse de los bandidos y de la gente de mal vivir. Ya en la primera salida que don Quijote hace, la primera venta que vislumbra, y en la que será armado caballero, se le aparecerá como un castillo: «...luego que vio la venta, se le representó que era un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadiza y honda cava, con todos aquellos adherentes que semejantes castillos se pintan. Fuese llegado a la venta, que a él le parecía castillo, y a poco trecho della detuvo las riendas a Rocinante, esperando que algún enano se pusiese entre las almenas a dar señal con alguna trompeta de que llegaba caballero al castillo». Cervantes hace aquí, nuevamente, una descripción magistral de lo que cualquier lector de la época imaginaba que debía ser un Castillo.

